



Mujer Fuego

Summer
Mariana
La Chili
Pato

Espacio Mariposa
Río Tercero, Córdoba

***Cuando ando
frente a la página
en blanco***

Soy la vaca que escribe usurpo historias y personajes me gusta leer porque soy esa gorda con sombra violeta que se llama Violeta y fuma mientras quiere saber más de su hijo desaparecido en el monte cazando jabalíes las historias no son más pero no me importa porque nadie las quiere escuchar igual son para contar sin maldecir ni quebrantar un recuerdo contar una historia nada más.

Summer—

Soy Mariana la que escribe, siempre yo, debajo del barro, trepando un árbol o besando a Robertos. Ahí está mi voz, deseos, el caos y lo retorcido, duelos, las vueltas mariposas que doy en el año. También los traspies, cuando soy bicho bolita que se enrolla o una mantarraya saltando en el mar.

Se entremezclan los cuentos que me leyeron, las novelas que leo, y los poemas que me roban el aliento.

Es mi alma, la que vivió mil vidas, la que asoma y susurra cada texto. Soy yo trapeando mi propia casa, agarro el balde de agua sucia y lo tiro lleno de letras a la vereda.

Lo que hay para decir es tanto, las palabras infinitas, y como bien dice la Mary Oliver, el mar que llevo dentro, a veces me ahoga.

Mariana—

Soy pasión, euforia, alegría, corazón
que abraza, canta, baila,
imagina sueños
irreales, también
soy furia, explosión, radiación
de broncas
y penas mal gestadas. Siempre
se me dio por escribir, hoy
lo quiero
compartir.

La Chili—

Soy un mundo de proyectos que
nunca termino.

Soy poesía que rima con fantasía.

Soy la que se anima

que no

que sí.

La que camina despacio.

La abuela de los cuentos.

La que lee, escribe, dibuja, pinta, cose,
borda, todo junto en un caos creativo que
me hace

feliz.

Soy el lío que siempre quise ser.

Miles de yo en mi.

Esa soy

hoy.

Pato—

Toma...

Acá está tu jardín con trepadoras azules y semillas de plurisoles para esparcir en verano, porque florecen en abril.

Tu jardín que arrastra plumerillos multicolores que son el alimento del pájaro picantón de pico dentado.

Tu jardín de caminos cruzados y enredaderas treboladas que florecen según el color de tu ansiedad.

Un lugar donde abrazar promesas de amor amarradas a un conjunto de estrellas silvestres.

Anda, ve y toma un ramo de peletunias azules y siente cómo te conviertes en el saponurio tragador con ojos saltones y lenguaje floral.

Es tuyo, lo inventé para tí y te deseo una feliz estadía.

Pato

Recolecto con las yemas
una diminuta y áspera
hoja
y me vuelvo
panza de calabaza
escandalosas flores brotan de mi ombligo
C a r a C o L e o
Leeeeeento
se hacen tierra mis rodillas
piel de cuero
por mi boca, una fruta
baba que resbala
en los cachetes me saltan
los gorriones
entonces, solo entonces

diminuta
grandiosa

Mariana

Yo jardín

Soy ese jardín
salvajemente curioso
que espía el movimiento de los que habitan
detrás de las paredes.
Soy ese espacio
que agradece el aroma del laurel vecino
y agasaja con hojas de limonero.
Soy ese helecho que adormece esperando
aparecer
entre enredaderas silvestres
sintiendo el sol como ilusión.
Soy la lavanda apenas alilada
que no sorprende con su aroma aún.
Soy el higo que se alimenta todavía.
Soy la piedra guardiana de un jazmín
prisionero
Igualmente soy esas tazas
que fueron de los niños
que ahora son macetas
que son el jardín que soy.

Pato

Es una espesura
verde
tucanes
ramas
hongos y musgos
profunda
oscura húmeda
rebalsada de helechos
basta perderse
para encontrarse
ríos arroyos
mucho de todo
es un amor imposible.

Es un amor imposible
mucho de todo
arroyos ríos
para encontrarse
basta perderse
rebalsado de helechos
húmedo oscuro
profundo
hongos y musgos
ramas
tucanes
verde
es una espesura.

Las Escondidas

Hace calor, las chicharras ensordecen la tarde, tengo que esconderme. Los chicos corren entre los yuyos, siento cosquillas en el estómago. Aprieto mis dedos, mis ojos vigilan atentos, ya no puedo contener mi murmullo de loba, que quiere salir y gritar que han ganado.

La Chili

Cuando llora el amor de un árbol

Me gusta el viento ligero
y la lluvia tenue
que me moja
antes de alimentarme
Pero...
más me gustas vos
que ni me registras
que no me sentís
que te da lo mismo
que sea yo u otra a tu lado.
Mi copa, lujuriosa
te provoca
con más verdes,
más amarillos
más naranjas
Pero no me ves
Rocé provocativa
una de tus hojas
y en respuesta me heriste
con tus espinas.

No me miraste,
ni siquiera para pedir perdón.

Pato

El cuarto de Sara

No tiene ventana. Al lado de la cama dentro de una caja duermen cuatro gatos recién nacidos. La madre no está. Debajo hay pis, caca, un par de medias. Ella duerme sola hasta el mediodía del lado izquierdo, sobre la orilla teniéndose del colchón como si no quisiera caerse. El aullido de las bestias no la despiertan.

Las paredes son de color gris. Tiene colgado solamente un plasma, el control remoto siempre está perdido entre las frazadas. El piso de mosaicos viejos es de color marrón y lo mantiene lustroso. Hay una silla con un cepillo para el pelo, una crema de nutrición, varias invisibles, un par de aros argolla plateados, uñas postizas, pintura, un preservativo, un vaso de vidrio transparente vacío y una botella de cerveza hasta la mitad.

Sara se levanta y camina dormida hacia el baño, se lava los dientes, la boca, se mira al espejo, observa sus pelos y comienza a peinarlos. Es hora de hacer un alisado, de dónde saco la plata, mi vieja ya no me da más nada, Matías menos, el padre no le está pagando, la panadería no va muy bien, quizás la gente vio las ratas que andan como pancho por su casa. Piensa en la frase que él dijo anoche: “¡no te van a quedar ni las mechadas en

esa cabeza hueca que tenés!”. Me llega a tocar mis pelos y juro que llamo a la policía, tarado, eso sí que no se lo perdono, que me encierre todo lo que quiera, pero el pelo no me lo toca, va a ver de qué soy capaz.

Mira el celular hay un mensaje de Maura su compañera de trabajo, ¿qué pasa porqué no viniste ayer? Le duele la cara, siente el moretón cerca del ojo, no es nada, hoy voy a trabajar, le contesta a su amiga, me caí de la bici pero ya estoy bien, hoy voy, nos vemos.

Summer

El no cuarto de Sara

Tiene una ventana, al lado de la cama duermen dentro de una canasta acolchada cuatro gatos recién nacidos. La madre no está. Debajo hay juguetes que los animales usan cuando se despiertan y un par de medias blancas con lunares rojos. Ella duerme del lado derecho, cómoda, se expande como si besara las sábanas. Duerme con él, desayunan tostadas con manteca y dulce de frutilla mientras juegan con las bestias pequeñas.

Las paredes del departamento son de color rosado claro y el piso brillante y limpio hace que los gatitos se patinen. En una de las paredes hay un plasma, el control remoto siempre se pierde entre los almohadones que están en el piso sobre la alfombra, también hay fotos de paisajes, montañas y atardeceres.

Cuando se levanta dormida camina despacio hasta la pileta se lava como en un sueño que dura hasta el primer contacto con el agua fría. Hay varias cremas, hebillas, invisibles, uñas postizas, pinturas para los ojos, boca, pómulos y pestañas. Sigue con los dientes, no se mira mucho al espejo, se peina desprolijamente con las manos, no presta atención a sus rulos colorados y brillantes. Piensa que sería hora de hacer una nutrición

o algo así, nunca fue a una peluquería, le pedirá plata a Matías, seguramente le da para hacerse las uñas también y algún botox entre las cejas. Él trabaja con el padre y le va bien, ella no tiene necesidad de trabajar. Piensa en la frase que le dijo anoche: “Pedime lo que quieras bebé”. Le voy a pedir para hacerme un alisado, me harté de los rulos, para ir a tenis y comprarme un reloj. Mira el celular y hay un mensaje de Maura su amiga, ¿qué pasó ayer por qué no viniste al taller de escritura? Siente que le duele la boca, no se acuerda de haberse caído, le sucedió otra vez. Hay momentos del día que no registra.

Summer

Algunas cosas que diría Sara

Me gustan las cosas rotas, viejas
usadas porque tuvieron una vida
Quizás me entierre de nuevo
esté allí oliendo los cardos
la manzanilla
las florcitas lilas.
Cuando algo se rompe
se arregla
vuelve a ser funcional.

Summer

Tarde de té de boldo con Sara

Llamamemordeme esperamecorré
tragando pierdo un anillo
seguro lo comió el gato
Despojameengordame
sucedemecoloreame
las migas se caen y él las lame
mira y olfatea
se sube a la mesa
“dame más”
le tiro un pedazo de pan casero
lo agarra en el aire
el patio lo espera ávido
Rodeameescogeme
desesperameacurrucame

Summer

El abuelo...

Ese hombre rural tiene la capacidad de acunar con la mirada y aliviar moretones con sus manos al tejer una protección invisible sobre la herida.

Sabe lo necesario para mostrar las cosas al natural dejando de lado las benditas contradicciones.

Ese hombre aprendió que el silencio no es para sufrirlo sino para diferenciar lo que realmente importa de lo que puede prescindir.

Viste simple y lleva sombrero en cada momento durante el día y por las noches lo reemplaza por su gorro de dormir. Una vez me dijo que es importante para el cuidado del cabello y me dió pena que fuera calvo.

Ese hombre amanece con el rocío, desayuna café negro bien caliente y fuma su pipa.

Camina despacio y no mira atrás jamás .
Ese hombre sabe y siente que habrá otro día.

Camina, se detiene
fuma su pipa
Y vuelve a caminar...

La luna

Sentados en el suelo frío, vos y yo charlamos sobre la vida. Es la siesta, no hay ruidos, todo está en calma. Hay cierta fragilidad en el aire, mis ojos se inundan y mis pestañas se humedecen.

*¿Por qué se va a la luna? ¿Qué hay allá?
Voy a extrañar a la perra blanca*

¿Qué sentirá allá arriba?

*Pero, si ahora vive en la luna, ¿entonces
no se murió?*

*Y eso quiere decir que se va a encontrar
con él*

¡Entonces están vivos!

*Algún día cuando quieran puedan bajar y
tal vez venir a visitarnos ¿no?*

Tus brazos rodeando mi cuerpo son todo lo que necesito hoy.

La Chili

El día que el cielo ardió

Siluetas de sombras
colgando del cielo
trazos alados
que huyen del aire caliente
que buscan silencios donde hacer una pausa.
¡Caen!
¡Pájaros!
¡Son pájaros!

Pato

Un árbol ha muerto
ya fue nido
de hormigas
cuna de pájaros
y de claveles
del aire
ahora esperan sus troncos
inertes

el hacha
memoria rota
levanta polvo

cae

se lo llevan
la leña rueda

como si el árbol se resistiera

llega el fin
arde
en una casa
calor
cobijo
una pava humeante
al margen un libro

¿Gritará su nombre en cada crujido?

Mariana

Lo que guardas...

Te miro y admiro tu misterio. Tu poder de guardar celosamente las cosas.

Crece el árbol a tus pies y dejas crecer, invadir o proteger tu cubierta. Me elevo y veo la vegetación expandirse y florecer en el techo ajena a toda admiración.

Esa ventana que quiero espiar pero solo me refleja curiosa.

El picaporte me sorprende y adivino una puerta escondida entre las gastadas paredes de tu rostro.

Quiero penetrar como la hierba pero una cadena oxidada marca tu límite, tu espacio inviolable.

Los detalles del interior no los veo pero trato de imaginarlos.

Tal vez, si espero lo suficiente, prepares té con tostadas, salgas tranquila a llenarte de reposo y me veas. Entonces, me permitas acercarme y preguntarte por esa dirección absurda que solo inventé para conocerte.

Pato

Atardece detrás de las últimas olas, las gaviotas vuelven a sus nidos con sobras en los picos.

Yo la escucho, mansamente la miro.

Salta las olas, grita, emite chillidos, desaparece bajo el agua, se pone un alga de sombrero. Camina apurada, frena, se tira y estira, hasta la punta de los pies.

Expone cada milímetro cuadrado de piel al poco sol que le queda al día.

Yo la observo.

¿cómo se puede sentir cada minuto de una existencia?

Mariana

Retumbos

El canto de mi llanto se esconde
por mil noches
la magia de tu sonrisa
me alivia,
acaricia.

La música resuena
en este corazón herido
que se lamenta tanto
por haberte perdido.

No sé qué más hacer
para tenerte siempre
tal vez quedarme

esperar

La Chili

Agazapado tras la mata
olfateo el rastro
alguien dejó abierta la puerta
hay tres calientes
gallinas
duermen, sueñan

pata tras pata, con sigilo
entro

olor a sangre
me relamo

mis dientes casi en el cuello
flaco

una luz me encandila
y el cazador es cazado
del pescuezo

Mariana

Melancolía

Llegamos, el lugar se ve elegante: el techo altísimo, paredes de mármol, una lluvia de plantas finitas que caen y te envuelven, personas alegres que se acercan para recibirnos, gente bostezando recostada en sillones, otros en malla con arena en los pies toman el ascensor, niños esquivando mesas y sillones, y nosotros con ese no sé qué de alegría y pesadez. El color del mar que encandila desde el ventanal principal calma todo cansancio e ilusiona corazones.

A la tardecita ya elegantes para la ocasión, todo es glamour. El salón grande, las mesas redondas, una suave melodía de fondo, el tintinear de los cubiertos, voces mezcladas, luz tenue. Ahí estamos papá, mamá, mis hermanas y yo a la espera como seres extraños en un rincón. Hay mozos que van y vienen, risas vergonzosas, miradas cómplices.

No podemos creer que estamos ahí, parecemos de la alta sociedad, como en las películas. De pronto se acercan cuatro mozos, uno por persona, y en medio de un ritual ajeno para nosotros, levantan las tapas todas al mismo tiempo y vemos un plato enorme con ¡un solo raviol!

Terminamos comiendo una hamburguesa en el bar 24 horas.

La Chili

*“Que tengo yo para decirte
cuando nos encontremos?”*

William Carlos William

¿Habrá palabras? ¿Me lo dirás
con gestos?

¿Me encontraré parada
en el
dintel?

o

¿entre tus azules sábanas?

Mariana

Obligada a ser feliz cada mañana

Oír el miau miauuuu alargado y suave que obedece al pedido de comida de cada mañana y acompaña con esa mirada ansiosa al plato.

Afuera el frío.

Afuera el calor.

Afuera el viento.

Entender que para él es importante y necesario el recambio sano de alimento. Inclinarsse y acariciar suavemente su pelaje erizado de placer. Limpiar con movimientos repetitivos el plato azul y luego el verde. Dialogar en el mientras tanto.

Llenar los cubículos con agua fresca y comida, llevarlos nuevamente al suelo y apoyarlos siempre en el mismo lugar.

Repetir la acción de acariciar sus orejas que esperan el

-De nada

por su

-Gracias.

Observar cómo se relame y responder con una sonrisa entornando los ojos. Esperar paciente que termine de alimentarse. Abrir la

puerta, con su habitual tranquilidad él va a salir contorneando la cola.

Va a respirar
el aire frío.
El aire caliente
El aire.

Mirándolo alejarse, cerrar la puerta y respirar profundo.

Descansar la sonrisa.

Pato

Diana

Durante mi niñez pasaba muchos fines de semana en el campo de mis abuelos, a 13 km de la ciudad donde vivía esa distancia se convertía en parte de la festividad que me esperaba, mis primos vivían allí y eso era sinónimo de la mejor clase de diversión posible. Algunos dirían “diversión suprema” pero esa palabra, según la maestra de catecismo era como idolatrar a la diversión y estaba penada por la ley católica y yo iba a catecismo aunque arrastrando los pies. Así que diversión del más alto nivel está bien, para mi vida serena, ordenada y dueña de un guardapolvo blanco que duraba dos semanas sin lavar, -repetía siempre mi mamá-

Mi prima se ponía feliz al verme, de esa felicidad que da tener un cómplice perfecto. Su cabello casi siempre mostraba signos de haber escapado a tiempo del peine y jamás pero jamás se dejó poner una prenda que le picara. Eso yo no lo entendía bien porque mi mamá solo indicaba qué ponerme, me gustara o no, me picara o no, no sabía que se podía elegir.

Tenemos la misma edad pero almas diferentes, mientras que la mía es calma y siempre espera, la de ella pega brincos y estalla en mil sonidos. Siempre iba adelante y

sus proyectos brotaban a granel, yo creía que era dueña de una máquina de travesuras, muchas muy divertidas y algunas despiadadas donde mi corazón crujía tan fuerte que no podía disimularlo. La cuestión era que me costaba seguirle el ritmo y sonreír en muchas ocasiones, hasta llegó a decirme “vos no sos divertida” o fue al revés no lo recuerdo tal vez usó un “aburrida”.

Pasábamos las noches despiertas y surgían mil maneras de intimidar a los más chicos como cuando los mandábamos a buscar provisiones por el pasillo que llevaba al salón grande e inevitablemente debían pasar junto a las fotos de nuestros bisabuelos colgadas en las paredes que parecían flotar sobre sus cabezas y señalarles con el índice que volvieran a dormir.

Durante la siesta, sin el ojo supervisor de los mayores las travesuras se multiplicaban, como robar el licor de menta y beberlo a escondidas detrás del gallinero. Así fue como mi hermana y mi primito se “emborracharon”, la pasaron mal y las tías se enojaron. Mucho.

A pesar de que agotaran todas las amenazas y súplicas sabían que mi prima algo haría, por eso descansaban a medias y agudizaban sus sentidos tratando de prevenir tragedias mayores. Ella no se tomaba en serio las advertencias ni creía que cumplieran las

amenazas por lo que inmediatamente seguía con el orden del día.

Ese sábado al llegar apenas había saludado a mis abuelos cuando escuché bajito: *Vení, vení rápido!!!*

Era una tarde de mucho calor y no nos permitían salir hasta que bajara el sol por miedo a insolarnos, entonces nos encerramos en la piecita de enfrente, donde solía vivir uno de mis tíos que se casó y se fue a otro campo a trabajar. El lugar pasó a ser una especie de despensa donde se almacenaba todo tipo de mercadería que el nono compraba para un mes entero, a mí me parecía que había comida para toda mi existencia, quizás escapar de la guerra había dejado huellas muy profundas y acumular comida lo hacía descansar mejor. Había bolsas y bolsas de harina, azúcar, hormas de queso, dulce de membrillo y dos canastas llenas de huevos, una con los recogidos la semana anterior y en la otra los más frescos. De repente sus manos un poco rústicas para una niña de su edad tomaron dos huevos de la primera canasta y con esa mirada que solo ponía en ocasiones de anticipar desastres me arrojó el primero que fue a dar en el centro de mi pecho, se rompió exactamente allí, en mi blusita blanca con florcitas azules que tanto cuidaba y solo usaba en ocasiones especiales. El siguiente impacto fue casi inmediatamente después

pero rebotó en mi hombro y estalló en el piso, me reí.

Vení, saca de acá , de la otra canasta no tenemos permiso.

Comenzó así un guerra feroz de huevos voladores que impactaron más en mí porque ella tenía experiencia.

Más tarde, mientras miraba el desastre que había que limpiar pensaba en la audacia de ella de pedir permiso a su mamá y en la de mi tía por otorgárselo.

Siempre pensé que fueron esas experiencias inesperadas, de las que al principio no quise participar, las que me enseñaron a enfrentar desafíos.

Pato

Un día de verano

Pinta calor, los gallos del vecino de atrás cantan su canción favorita. El olorcito a fábrica, único e incomparable, entra por la ventana y se mezcla entre mis sábanas. El aire me pega en la cara, estoy contenta y liviana. A mi alrededor todo es amarillo. Suenan las chicharras, ya estamos preparadas con mis hermanas y amigos para salir a jugar. El pasto recién cortado del campito está listo.

¿Y si hacemos un sillón?

Sería el living

¡¡Sí!! Y acá podemos dejar espacio para las piezas

Che...¿y si aparece algún bicho entre los yuyos?

No pasa nada...

¡Uh! Ahí vienen los otros, dale, dale juntemos más pasto, sino nos van a quitar todo. ¡Nosotros llegamos primero!

¡¡Nuestra casita es la más linda!!

Seguimos jugando, cachetes explotados que titilan, el calor quema y las gotas de sudor caen como llanto.

A lo lejos, la voz de mamá: ¡chicacaas a merendar!

El mate cocido está listo.

Luz

Me gusta viajar en taxi y pensar en historias mientras siento el viento en la cara apoyada en la ventana.

A Luz la conocí en un ensayo de la obra de teatro que hacía con Ester, Luz es su hija. Escondida detrás de su cabellera gigante como un nido de pájaros no habló ni se le escapó una mueca, solo se movían sus pupilas, se agrandaban mientras la mamá la retaba: ¡“eso está mal, te dije que me llamaras y no lo hiciste, no sabía dónde estabas ni con quién!

La segunda vez que la vi fue en verano, tenía puesto un saco enorme con hombreras. El pelo corto y flequillo que tapaba los ojos, una pollera de gasa hasta los talones con una cola que arrastraba como una novia. Ayudaba a un amigo en la filmación de una escena, le fascinaba la fotografía y conocía el mundillo de las cámaras.

La tercera vez yo volvía en taxi con las pantorrillas titilando del cansancio. Pasé por delante de la casa de los gatos. Una casa abandonada, usurpada por felinos y vi a alguien en la oscuridad asomado al jardín. Era Luz que les daba de comer. El taxi avanzó dos cuadras y cuando pasó delante de la casa con cúpula redonda donde venden vidrios vi a Luz

parada frente a un espejo con marco antiguo. Se miraba, me pareció ver que hablaba con su imagen. ¿Cómo hizo para llegar tan rápido?

Una noche de verano cuando los cuerpos deambulan despacio, decido volver caminando y delante del jardín de la casa gatuna encuentro a Luz: ¡*hola Luz!*. Avanzo admirando las estrellas que cuelgan del cielo negro y mientras paso delante del kiosco “Los Pitufos” la veo sentada tomando un helado. Luego en la esquina del tanque de agua de la ciudad, acostada en la vereda como si estuviera rezando y al mismo tiempo contemplando el tanque por las dudas se quiebre. Luego delante del árbol histórico con una tijera en la mano, como si quisiera cortar alguna rama, aliviarle el peso.

¿Había varias Luz? ¿Todas eran ella?

Summer

¿Quién es Luz?

Está frente a la bacha parada, inmóvil, acariciando un trozo de queso con dulce de batata, come desconsolada. No llora, no puede, está muy cansada, pero si no lo estuviera, lloraría sin parar y con singhiozzo que se escucharía atravesando el silencio de la noche, el pecho le pesaría y pensaría que así está bien, que ese estado la hace más adulta, que todo se está acomodando.

Summer

La carta que encontré en el bolsillo de su pantalón

“Solo la tragedia puede salvarnos”

Que alguien muera o traicione
que alguien mienta
se pelee a muerte
luche
camine en la oscuridad
busque algún tesoro
robe ese tesoro
se enamore y se vuelva ceniza
se aburra
manipule celosamente
hable maldades y bostece
se ría de las desgracias
de las margaritas
que sienta el jolgorio
después se quiebre un brazo
duerma todas las noches
y una cierta noche
le crezcan maíces en lugar de dientes
tropiece caiga
comience a cantar

Summer

Un patio donde crece lo que tiene que crecer

El patio de Carolina es lindo.

No del lindo que atraviesa la moda de los parques actuales, hoy los cercos prolijos y los distintos verdes degradé moteados con flores exóticas de colores tan intensos como artificiales hacen que un patio sea un pequeño parque de diversiones donde lo natural se desvanece.

Será que me gusta lo que se expande a su antojo, sin tantos cortes y medidas.

El patio de Carolina es lindo, de esos donde crece lo que tiene que crecer y prevalece, si no se toma la molestia de invadir. Todo convive en armonía pero no en degradé.

Se parece el patio de mis abuelos. Tiene paredes sin revocar donde trepan las madreselvas jugando un carnaval de aromas y cuelgan tazas usadas como macetas con sedientas suculentas.

Sus piedras de ingreso no están alineadas y se dejan invadir por dientes de león, verbenas y amapolas, unos pasos más adelante te recibe el aroma intenso del cedrón que rivaliza con el limonero estallado de amarillos verdosos a tal punto que

confundo si es el cedrón alimonado o el limonero acedronado.

En esta época la gramilla no se define entre seguir abrazando los ocres o explotar en mil verdes.

Allí convive lo seco con lo viviente. Un broche de la ropa se ha caído entre las espinas y pasarán varias lluvias antes de volver a amarrarlo al alambre.

En el patio de Carolina hay un horno de barro y una barra larga de hierro que sostiene su puerta, a su lado una especie de galería de fondo alberga una mesa y una silla de patas largas, ambas casi sin color. El fondo se corona con un laurel de un verde tan intenso como su sabor, ha sido recién podado y eso no es algo habitual en ese patio, pienso, solo pienso, que estuvo al borde de la degeneración. Desde la ventana abierta puedo seguir atenta el vuelo de una urraca que atina a posarse en el duraznero solo un momento y, que al advertir mi presencia, levanta vuelo otra vez. Siento el zumbido de una abeja y luego otra y otra, ya son tantas y para todas hay néctar. No me muevo, sigo absorta el rítmico andar de las hormigas que se hacen un festín. Sumergida en aleteos y en las formas de las alas me digo que también puedo volar, ser abeja o colibrí en ese jardín policromoaromático.

Yo sé cómo es ese patio porque lo visito cada martes para tomar lecciones de escritura y allí convivir con mujeres que escriben, que ríen y que comparten un pan de nuez.

Siento que Carolina se acerca

Me gusta, digo sin adjetivar demasiado, (sin gerundios que prolonguen la escena...)

Me gusta mucho, enfatizo.

Carolina mira su patio y en silencio asiente.

Pato

Moreno “El burro”

Allá en el medio de una colina entre Bologna y Firenze, Moreno se levanta saltando de su cama, toma un café que prepara en la moka, no hay tiempo para ir al baño, en minutos se asomará el sol por la ventana de la cocina. Abre la puerta pesada y rústica que construyó con sus propias manos gracias a los árboles del terreno que compró años atrás, cuando vendió la casa de su madre a minutos de sepultarla.

Describiría el canto de las aves de esa mañana pero no tengo palabras, necesitaría grabarlas, reproducir el sonido. ¿Cómo viajar como ellas?

Con dulzor, clamor, rosagón, gorgotón, austeridad, ladradid

fosforón y rosas, con chanpimanta y caita insarosa.

Si sube el corazón, sube también la aleta.

Cucurrucú

Recorre el camino escarchado como levitando, llama las vacas por su nombre: ¡Roselina, Teresa, venite qui! Ellas se acercan sonriendo se colocan a su lado y resoplan, Moreno prende sin delicadeza pero con precisión las ubres rosadas y comienza a

ordeñarlas. Roselina le guiña un ojo y en ese momento, reflejándose en el ojo grande y profundo de la vaca entra en él como en una galería de arte. Ve los cuadros que van pasando por delante, detrás, no hay un orden, lo único que tiene sentido es que son imágenes de su vida.

Está en su departamento de Funo, enciende el primer cigarrillo de la mañana, se coloca su jeans que lavó la noche anterior y una remera gris que también planchó mientras se secaba la ropa. Baja las escaleras para subir a la moto Kawasaki 350 del año 1980, la enciende y parte a toda velocidad. Llega después de 20 minutos a Via Reno donde estaciona la moto que encenderá de nuevo recién a las 22 para volver a casa. Abre la persiana del bar que es eléctrica, entra y tira el primer café que toma, prepara las medialunas que rellena con crema pastelera, a los cornetos los pinta con líneas de chocolate, exprime algunas naranjas, listo. Empiezan a llegar los chicos de la escuela del frente con sus mochilas llenas de pompones, ositos, letras de colores, calaveras, llaveros. Entre un capuccino y otro se divierte hablando y haciendo bromas, todas tienen al menos dos veces la palabra cazzo, tres minchia y cuatro o cinco como mínimo porca putana.

Cuando el bar queda vacío escucha el agua que carga la máquina de café, se sobresalta y en un parpadeo está en su departamento fumando el último cigarrillo de la segunda etiqueta del día. Se lo merece, hoy fue duro, se le rompió la cafetera, se inundó el baño, renegó con el puto caño y el café siguió saliendo horrible. Después de comer un plato de pasta a la bolognesa va al cuarto abre el ropero y suspira satisfecho ante la selva de marihuana que crece adentro. Las luces están bien, tiene que controlar que no se quemen los focos especiales, las riega y se recuesta a observar su obra de arte. Dentro de poco podrá cosechar y será un banquete, piensa “a mí la poli no me agarra”. Suena el timbre pregunta quién es por el portero “Piero”, decide hacer entrar a su amigo aunque está cansado, quizás le venda algo. Cuando abre la puerta se encuentra con un extraño que viene de parte de su amigo. ¿Lo hace entrar o le pone una excusa para que se vaya? Necesita la plata, “entrá viejo, querés una birra, sentate. ¿De dónde conocés a Piero?”

Trabaja demasiado, solo, con la fuerza de un burro y el futuro en la boca, la confianza no forma parte de su adn.

Pestaña y está en su huerto sentado en el banquito para ordeñar, con la helada en los hombros y respirando el sudor de sus vacas mientras los conejos le mastican el pantalón.

Ve su vida cada vez más chica, apresurada, a máxima velocidad como cuando se retrocede un cassette de video.

Las vacas fuman a escondidas.

Moreno entra a la casa, rasguña la mesa mientras espía por la ventana, se da cuenta del humo. No dice nada a Salva su amigo que supuestamente había dejado de fumar y ahora está en el baño, aprovecha la crema para las ojeras que encuentra en el botiquín.

Una de las vacas llora hasta no respirar.

Moreno estornuda y se seca los mocos con las manos cuando su amigo aparece en la habitación levanta los brazos y grita, ¡yo no fui!. Moreno solamente quiere preguntarle a las vacas si la tormenta es buena o mala. Ha comenzado hace poco a entenderlas. Espía nuevamente por la ventana y ve que Salva juega sobre una de ellas, sus pies no tocan la tierra y pareciera que se olvida cómo descender, salta de un lomo a otro hasta que desaparece, siempre fue liviano y flojo, piensa tendría que haberlo atado.

Summer

Segundo relato, invisible, escondido

El narrador entra por el ojo de la vaca
La vaca es la novia de Moreno y se lo lleva
a otro país
El país de las vacas
Las vacas sí fuman a escondidas
La vaca es la que narra, la que narra se
convierte en vaca.

Summer

Mujer Fuego

Deseo no ser escoba
Deseo una pizza a la napolitana
Ser mujer con pelos de fuego
Brincar hasta la luna
Deseo encontrar al lobo
Deseo el rescate en el momento preciso
Recorrer la geografía de su piel
Tener antenas de insecto
Deseo volar
Deseo que suene con toda la fuerza
Ser viento, casa viento
Secar las lágrimas
Correr nunca parar nunca llegar
Deseo que me escuchen
Deseo no ser atada
Deseo poder llegar donde estás
Pasos de baile
Tiempo
Deseo el sol
Ser planta por un día
Oler a flores toda la vida

Deseo morirme de risa
Deseo verte reír

Poema Colectivo
Pato, Mariana, Silvina, Celeste y Caro



3.

Esta publicación reúne textos escritos por
alumnas del taller **“¿Estás ahí?” 2025.**
Fue editada y corregida por Carolina Pittinari.
Se terminó de maquetar una tarde
abrasadora de noviembre,

*...“voy hacia el fuego como la mariposa
y no hay rima que rime con vivir”...*

se escuchaba desde un pequeño parlante
celeste sobre el escritorio.

Impreso en Imprentas Barbero
Diciembre 2025
Río Tercero, Córdoba.